

Esto es precisamente lo que aquel hombre rico que buscaba en Jesús el camino que lleva a la vida, no consiguió descubrir: el compartir los bienes, el dar la mitad a los pobres. Buscaba una vida plena, pero de entrada ponía una condición: que no me afecte en lo que me define, los bienes que poseo. Escuchó de labios de Jesús, Dios cercano, por dónde se iba a esa vida cargada de sentido y felicidad, por la vía del compartir y el seguimiento de Jesús. Pero, se marchó triste porque tenía muchos bienes. No descubrió ni alcanzó la alegría. La alegría por la cercanía de Jesús sólo es auténtica y profunda si, por la fe, se le acepta a Él, si se comparte el mundo de Dios, el mundo de los débiles y pequeños.

Desde que empezó la crisis vengo apelando directamente a los que más pueden en nuestra sociedad, porque tienen o tenemos nóminas suficientes y mucho más que suficientes, o disponen de patrimonio que puede y debe contribuir a ayudar a afrontar los efectos de la crisis económica de tantos hermanos. La crisis tiene muchísimas víctimas indefensas; pero necesita menos espectadores críticos, y más hermanos que sepan implicarse con lo propio. Tenemos el grave deber de ser solidarios y fraternales, aunque nos toque perder de nuestros bienes y de nuestros derechos. La sobriedad y la austeridad que se reclama y se exige no pueden afectar a los más débiles, a los desprotegidos, sino que, por el contrario, han de ser ellos los atendidos con preferencia. Honrar a la Madre conlleva atender a sus hijos más necesitados. Ninguna madre se sentiría amada si los hijos más poderosos no protegieran a sus hermanos más débiles. Y en ello encontrarán esos hijos la fuente de la más auténtica y profunda alegría.

Sólo hay una manera de hablar de la alegría sin que parezca un ofensivo juego o una evasión. "*La fe actúa por el amor*", nos recuerda San Pablo. "*Hay más alegría en dar que en recibir*", nos dice Jesús. María, feliz por ser creyente, servidora de la humanidad, nos ayude a comprenderlo y a vivirlo.

✠ Francisco, Obispo

MONSEÑOR FRANCISCO CASES ANDREU
OBISPO DE CANARIAS

SOLEMNIDAD DE NTRA. SRA. DEL PINO

HOMILÍA

TEROR, 8 DE SEPTIEMBRE DE 2012

pobres, los sufridos, los que lloran, los que practican la misericordia y trabajan por la justicia y por la paz. ‘Dichosos vosotros, estad alegres y contentos’. Como María, también Jesús tiene su propio Magnificat, cuando los discípulos vuelven de sus jornadas de misión, contentos porque han visto que se les someten los espíritus. ‘No estéis alegres porque se os someten los espíritus; estad alegres porque vuestros nombres están escritos en el cielo. Y en aquel momento, lleno de la alegría del Espíritu Santo, exclamó: Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y a los entendidos, y las has revelado a la gente sencilla. Sí, Padre, así te ha parecido bien’.

Este conjunto de referencias mutuas: fe, cercanía de Dios, alegría, preocupación por los pobres, es permanente en el Evangelio. Zaqueo, un publicano instalado en la corrupción fiscal y el aprovechamiento de los débiles, se ve alcanzado de pronto por alguien a quien no espera, ni, en consideraciones humanas comunes, puede esperar. Jesús se autoinvita a su casa, lo busca, se acerca a él: hoy tengo que quedarme en tu casa. Y es ese acercamiento de Jesús, como una parábola de la Encarnación en la humanidad pecadora, el que produce como primer fruto la alegría: ‘Zaqueo lo recibió muy contento’, mientras todos comentan: ‘Ha entrado a hospedarse en casa de un pecador’. No, no es la alegría del halago superficial del que se siente distinguido por la visita de alguien importante. No, es el reconocimiento de la llegada de la salvación a su casa. Y si se acerca Dios, si llega Dios a donde no se le espera, si entra Jesús Salvador a su casa, saltan los resortes del egoísmo posesivo, y el corazón de Zaqueo se abre al mundo de las preocupaciones del mismo Dios, las que canta María en el Magnificat y Jesús en las Bienaventuranzas: ‘Señor, la mitad de mis bienes, se la doy a los pobres; y si de alguno me he aprovechado, le restituiré cuatro veces más’. Visita de Dios, alegría, cambio de vida. Es el mismo Dios el que da el primer paso, el que se acerca, el que produce la alegría, el que abre el corazón.

Sofonías 3, 14-18
Salmo Is 12, 2-3. 4bcd. 5-6
1 Pe 1, 3. 6-9
Lucas 1, 39-56

puedan encontrar a Dios cercano, a Dios con los hombres, a Dios con nosotros, Emmanuel. La cercanía de Dios a ti, que es la causa de tu alegría, se convertirá en alegría para todo el pueblo.

No eran las condiciones sociales de vida de María especialmente confortables, y, por lo que nos consta por el decurso del Evangelio, no cambiaron en modo alguno. Pero el Señor siguió siempre con ella, y ella siguió siempre con el Señor. Y por eso su alegría se mantuvo siempre en su corazón y en sus labios.

Pasaron unos pocos días de esta escena, los necesarios para andar el camino entre Nazaret y la aldea de Isabel y Zacarías. Lo acabamos de escuchar en la proclamación del Evangelio. Su prima Isabel la felicita, la llama feliz, precisamente porque es creyente, porque ha creído, no porque las cosas le vayan bien socialmente. Y ella misma responde al saludo de Isabel, insistiendo en su alegría: *Engrandece mi alma al Señor y se alegra mi espíritu en Dios mi salvador.*

Isabel señala el motivo de la alegría: porque has creído. Y también María indica el motivo de su alegría: estoy contenta con Dios, porque la mirada del Señor se ha posado en mí, y hace obras grandes en mí, porque soy pequeña y débil. El mundo en el que vivimos está dominado por los soberbios, los ricos y los poderosos, y Dios no está conforme con esto; Dios levanta a los humildes, colma de bienes a los hambrientos. Quien quiera descubrir las raíces de la verdadera alegría, quien quiera vivir permanentemente en el gozo, quien desee descubrir la profunda alegría del creyente, que se acerque a los pequeños, a los humildes, a los hambrientos porque allí encontrará a Dios, porque a ellos se acerca Dios, porque Dios está en ellos.

El Discurso de Jesús en el Monte es un verdadero código de felicidad, alegría y contento, pero anunciado para ser encontrado allí donde los hombres no solemos buscarlo: en los

HOMILÍA EN LA SOLEMNIDAD DE NTRA. SRA. DEL PINO
Teror, 8 de Septiembre de 2012

Mis queridos Hermanos y Amigos:

‘¡Me felicitarán todas las generaciones!’ Eso estamos haciendo hoy todos, felicitar a la Madre. Es su día, el día de su nacimiento, y el día de su atención y desvelo por nosotros, que la aclamamos como Patrona. ¡Felicidades, Madre! ¡Gracias, Madre!

Acabamos de escuchar la página del Evangelio en la que se nos narra y se nos hace actual aquel diálogo tuyo con tu prima Isabel. ¡Dichosa tú, que eres creyente! ¡Lo que te ha dicho el Señor se cumplirá! La alegría con la que te saludó Gabriel, el ángel del Señor, y la alegría de tu presencia como Madre del Señor, se ha contagiado al niño que lleva en su seno y lo ha hecho saltar de gozo. María, tú traes la alegría al mundo desesperanzado, triste y vacío de sentido, porque dejas que Dios se haga hijo tuyo, hermano cercano de los hombres: Dios con nosotros.

El relato de la Anunciación y este de la Visitación son dos gritos de alegría, que señalan el inicio de nuestra salvación, la salvación de toda la humanidad. Y los escuchamos y los repasamos y nos asalta la pregunta de si es verdaderamente posible hoy hablar de alegría. En un momento en que hay tanta gente pasándolo tan mal, tanta gente entre nosotros en la pobreza, en la exclusión, en la búsqueda del plato diario de comida, ¿podemos entretenernos hablando de alegría? ¿No es un frívolo y ofensivo juego, y una evasión, hablar de la alegría de ser creyente en medio de una situación tan negativa para tanta gente? Por otra parte, si María es saludada como dichosa precisamente por su condición de creyente, no parece que podamos sentirnos muy dichosos y alegres por la situación de nuestra fe hoy. Son dos cuestiones importantes, que reclaman nuestra atención, y que debemos y podemos plantearnos ante el testimonio de vida de nuestra Madre: la posibilidad de ser

alegres hoy como creyentes, y la posibilidad de tratar de la alegría en estos tiempos de crisis. María, feliz porque es creyente, nos ayudará a descubrir el verdadero sentido de la alegría de ser creyentes, y nos ayudará a vivir la alegría de la fe que actúa por la caridad.

Benedicto XVI puede acompañarnos a descubrir el mensaje del cristianismo sobre estas cuestiones, y cómo son vividos por nuestra Madre. Ciertamente, el Papa muestra frecuentemente su honda preocupación por la situación de la fe hoy. *“La verdadera crisis de la Iglesia en el mundo occidental es una crisis de fe”* señaló en Alemania hace menos de un año. *“Como sabemos, -son también palabras suyas-, en vastas zonas de la tierra la fe corre peligro de apagarse como una llama que ya no encuentra alimento. Estamos ante una profunda crisis de fe, ante una pérdida del sentido religioso, que constituye el mayor desafío para la Iglesia de hoy”*.

Tendremos ocasión, a lo largo del Año de la Fe que él mismo nos ha propuesto celebrar, de precisar los contornos de esa crisis de fe, pero ya podemos enumerar algunos rasgos que el mismo Santo Padre nos ha aportado: la fe se ve frecuentemente afectada por la superficialidad de la emoción sentimental o la rutina, está necesitada de una profunda reflexión sobre el mismo acto de creer, y de redescubrir y estudiar sus contenidos fundamentales.

“Con frecuencia nos preocupamos afanosamente por las consecuencias sociales, culturales y políticas de la fe, dando por descontado que hay fe, lo cual, lamentablemente, es cada vez menos realista” (cf. Porta Fidei 2).

Y sin embargo, Benedicto XVI, que tan claramente manifiesta su preocupación por la situación de la fe hoy, ha ido dejando un mensaje de alegría a lo largo de todos los años de pontificado. En la homilía del Inicio de su ministerio (24 de abril

de 2005) repitió insistentemente este anuncio, que resumiría en estas palabras: *“Nada más bello que conocer (a Cristo) y comunicar a los otros la amistad con él. La tarea del pastor, del pescador de hombres, puede parecer a veces gravosa. Pero es gozosa y grande, porque en definitiva es un servicio a la alegría, a la alegría de Dios que quiere hacer su entrada en el mundo”*. Para la Jornada Mundial de la Juventud de este año 2012, siete años después, propuso a los jóvenes como slogan el tema de la alegría: ¡Alegraos siempre en el Señor, porque -está convencido- la alegría es fruto de la fe en Dios, nace del amor y es una forma de amor. *“Hoy es necesario un compromiso eclesial más convencido en favor de una nueva evangelización para redescubrir la alegría de creer y volver a encontrar el entusiasmo de comunicar la fe. El compromiso misionero de los creyentes saca fuerza y vigor del descubrimiento cotidiano de su amor, que nunca puede faltar. La fe, en efecto, crece cuando se vive como experiencia de un amor que se recibe y se comunica como experiencia de gracia y gozo”*. (cf. Porta Fidei 7). *“Es llamada María ‘causa de nuestra alegría’ porque nos ha dado a Jesús”*¹.

Es bueno que profundicemos un poco en este conjunto de referencias que se implican mutuamente: fe, alegría, cercanía de Dios, preocupación y ocupación por los débiles. El anuncio del ángel Gabriel a María, con el que se inicia el acontecimiento central de nuestra fe, la Encarnación del Hijo de Dios, se abre con un grito de gozo: ¡Alégrate, María! ¡El Señor está contigo!

El ángel Gabriel invita a la alegría y subraya el motivo de esa alegría: El Señor está contigo. Pero no sólo ‘El Señor está contigo’ ya, ahora, sino que te anuncio que quiere estar contigo más profundamente todavía, más de lo que puedas imaginar: quiere que seas la madre del Hijo de Dios, que le des tu carne y tu sangre, que esté dentro de ti como nunca el profeta Sofonías podía sospechar. Y quiere estar dentro de ti, para nacer de ti, y que todos

¹ Mensaje para la JMJ 2012